

lo mucho que decae el personaje de *Victoria* desde los primeros actos hasta el final. En *Mariana*, el papel ayudaba á la eminente actriz; en *La loca de la casa* tiene á veces María que ayudar al papel.



## EL ARTE INDUSTRIAL EN ESPAÑA \*

SUGESTIVO en extremo encontré el título de un libro que acaba de publicarse, y es el mismo que encabeza este artículo. Pocos asuntos me parecían de mayor interés en la actualidad, ni de tanta trascendencia para nuestra honra y provecho, pues el arte industrial, una de las tradiciones más gloriosas de España, es casi en todas partes, excepto en Barcelona, una tradición perdida. Siempre me había preocupado—como al autor del importantísimo libro, que voy á elogiar según merece, y sobre todo á recomendar á la atención de los grandes industriales y á la consideración de los minis-

\* *El arte industrial en España*, por D. Pablo de Alzola y Minondo, ingeniero jefe de caminos, canales y puertos, ex-alcalde de Bilbao.

tros de Fomento presentes y futuros—"el fenómeno singular de que el arte industrial español, que rayó tan alto en los siglos pasados, languidece y acaba por eclipsarse precisamente en la época en que la nación adquiere los vuelos de la vida moderna y acrecienta considerablemente su producción y riqueza „.

La obra en que el Sr. D. Pablo de Alzola estudia este problema es completa, rica en datos, y toma la cuestión desde muy atrás, con gran caudal de erudición. A veces se diría que, más bien que trabajo monográfico, forma una historia de las bellas artes en todas las épocas y naciones. Esto no es censura: por mucho trigo nunca mal año.

Debo advertir que la riqueza de puntos de vista que contiene el libro del Sr. Alzola, está metódicamente distribuida y sometida á un pensamiento general. Este pensamiento puede formularse así: nuestra vida interior, doméstica, es hoy no sólo mucho más cómoda, sino mucho más bella que la de nuestros antepasados; la afición del hombre moderno á la casa bien adornada y á la

poesía en el hogar crece todos los días, habiendollegado á originar una verdadera *agitación* (la palabra misma, y muy expresiva, que emplea el Sr. Alzola) en pro del desarrollo del arte industrial, llamado á regenerar y perfeccionar la estética del decorado y del mobiliario. En este movimiento y actividad impulsora de la regeneración del arte industrial, España, no obstante sus grandes recuerdos, se queda rezagada, y atraviesa, si se mira bien, un período decadente, que no la permite sostener la lucha con las demás naciones; estado lastimoso que podría remediarse, á juicio del autor, organizando la enseñanza técnica y artística al modo que se practica en el extranjero, y planteando reformas que, iniciadas desde la instrucción primaria y secundaria, deben extenderse á las Academias de bellas artes, Escuelas de artes y oficios y Centros de enseñanza técnica, á fin de preparar debidamente nuestra evolución industrial.

De cuatro partes se compone la obra. En la primera, el Sr. Alzola consagra una ojeada á la historia del arte industrial y á su pro-

greso y desenvolvimiento en España, desde sus orígenes latinos y moriscos y su época radiante del Renacimiento, hasta la restauración que debieron á los primeros Borbones, y su decaimiento actual, que contrasta, en opinión del Sr. Alzola, con el presente esplendor de nuestra pintura. La segunda parte es un lindo é instructivo curso de estética doméstica y urbana, cuya lectura conviene, no sólo á los ediles y arquitectos, sino á las amas de casa, por lo común ignorantes de lo que puede hermohear y convertir en paraíso las *cuatro paredes*. La tercera parte encierra una reseña, hecha con minuciosidad y conocimiento de causa, de la actual situación de la enseñanza técnica y artística, estudiando el dibujo en la instrucción primaria y secundaria, los museos de arte industrial, la enseñanza técnica y artística según se da en Bélgica, Francia, Alemania é Italia; los establecimientos donde oficialmente se enseñan en España el arte y la industria,—como la Academia de Bellas Artes de San Fernando, la Escuela especial de pintura, escultura y grabado, las Escuelas

provinciales de Bellas Artes, las de Artes y Oficios y las Escuelas industriales y de auxiliares de ingenieros y arquitectos;—las Escuelas libres de Bellas Artes y de Artes y Oficios,—como el Círculo de Bellas Artes de Madrid y otros establecimientos más ó menos afines, fundados, sin cooperación del Estado, en las ciudades florecientes é industriosas de nuestra patria, Barcelona, Bilbao, Valencia;—y por último, las reformas que el autor entiende que serían beneficiosas para vigorizar nuestro decaído arte industrial. La parte cuarta, no menos interesante que la tercera, trata del estado actual, no de la enseñanza, sino de las mismas industrias artísticas en España, y considera detenidamente las partidas que representan en este balance las Exposiciones celebradas y la información arancelaria; el estado de la industria (¡la encantadora industria!) de cerámica española; el de la metalistería, carpintería y ebanistería, tapicería, tejidos y estampados, vidriería, guadamacilería, encajes y encuadernaciones.

Tratándose de un libro como el del Sr. Al-

zola—que llena ante todo fines útiles y patrióticos, y que por ese carácter de utilidad ha de fijar la atención de bastantes personas que ya oyen caer tomos de versos sobre su mesa lo mismo que si oyesen llover—era necesario dar en extracto idea de las materias que contiene. Hecho lo cual, me creo libre para decir mi parecer respecto á las doctrinas sustentadas por el competentísimo autor.

Hay en el problema que considera el señor Alzola dos aspectos, y uno de ellos tal vez no lo haya tenido en cuenta lo bastante. El arte industrial—su mismo nombre lo dice—es mixto de dos elementos que se combinan en distintas proporciones según las épocas: el elemento *bello* y el elemento *útil*. Cuando las sociedades siguen una dirección más imaginativa y estética que práctica (verbigracia, durante la Edad Media), en los objetos de arte industrial prepondera el elemento bello, y por eso los muebles, ropajes, armaduras, cacharros y edificios góticos podrán ser todo lo desacomodados que quiera nuestra molición actual, pero son de una belleza

desesperante, que obliga hoy á la imitación, respetuosa cuanto estéril, dado que el espíritu que nos anima no es el mismo que entonces animaba á los industriales, al ebanista tallista manejando su gubia, á la bordadora sentada ante su bastidor, al armero en su fragua, al alfarero en su torno, al cantero picando su sillar, á todos los que imprimieron con tan singular unanimidad en la piedra y en el acero y en la seda y en el barro la huella de un sentido social que no podrían definir, pero al cual, no obstante, obedecían. Igual observación es aplicable al arte industrial del Renacimiento y al arte barroco y á todas las formas de arte que han ido sucediéndose. Si predomina lo imaginativo y lo estético, en el arte industrial vencerá lo más noble, Ormuz sojuzgará á Arimanes, y se realizará belleza en todo—hasta en el toscu cuenco donde humea la sopa del labrador.—Si predomina—como hoy—la consideración de lo útil, la belleza no tendrá más que dos refugios: mayor perfección en los procedimientos, y copia ó imitación fiel de las formas bellas de los tiempos pasados. Considérelo

bien el Sr. Alzola, y verá que estos dos signos característicos son los que realzan los productos artístico-industriales de las naciones donde afirma que se está llevando á cabo, — merced á la protección de los poderes públicos y la iniciativa particular — una restauración del arte industrial, llamada á influir ventajosamente en la cultura y hasta en la suavidad y poesía de las costumbres.

¿Qué hacen las fábricas Real de Sajonia, Sevres, Capo di Monte, Delft y Caldas da Rainha, — por no seguir citando? Restaurar hasta el límite de lo posible: buscar con febril anhelo los modelos antiguos, las piezas únicas, é intentar, no siempre con éxito, su reproducción. Muy aficionada yo á los cacharros, en la Exposición de 1889 me fijé especialmente en los adelantos de la cerámica inglesa, observando que era de primer orden en ella todo cuanto se relacionaba con la vida práctica y llenaba un fin de utilidad, aseo ó refinamiento en el servicio de mesa, tocador y... basta (porque de otras aplicaciones también utilísimas de la cerámica ni acordarme

querría). En lo que exige predominio del elemento bello, — en lo que nuestra imaginación y nuestros sentidos reclaman algo más que la satisfacción de la necesidad material (dentro de las mejores condiciones, con la mayor comodidad y dignidad posibles), — v. gr. en los floreros, jarrones ornamentales, relojes de sobremesa, candeleros, marcos de espejo, zarandajas propias de cristalera y estante, — en todo eso ¡ay! qué miopía, qué inferioridad, qué anemia de la fantasía, qué servil sujeción á lo ya conocido y ejecutado mucho mejor por nuestros padres, abuelos y tata-rabuelos!

Todo esto que voy diciendo significa que, á mi modo de ver, el arte industrial, ó su *elemento bello*, atraviesa un período de general decadencia, no sólo en España, sino en toda Europa, viviendo confinado en el estrecho círculo de la imitación. En cambio, el elemento útil ha adquirido en otros países admirable desenvolvimiento, mientras en España se perpetúa el atraso y se pierde hasta el último rastro de la tradición, por falta de estímulo y de actividad industrial,

sin que basten á remediar el daño algunas tentativas aisladas y generosas. A falta de pan, dice el proverbio que las tortas son buenas. Si hemos de renunciar á la ilusión de engendrar algo nuevo que pueda compararse á los vidrios catalanes, á los guadamaciles cordobeses, á los bordados de Toledo, á las arquillas vargueñas, á los platos hispano-árabes ó á las lozas de Alcora, contentémonos siquiera con no perder el rastro de esas preciosas industrias, y cultivarlas, sin desatender otros productos que hoy nos suministra el extranjero y que,—bien dice el Sr. Alzola,—podríamos remediarnos de ellos aquí. Con sobrado motivo lamenta el ilustradísimo ingeniero que falte, para imprimir tales direcciones, protección oficial y espíritu emprendedor. Con razón deplora que proyectos de trascendencia, como el de las escuelas de arte industrial nacional que debían establecerse en Toledo, cerca del claustro restaurado de San Juan de los Reyes, no sean realidades aún; con razón clama por que se creen escuelas y museos, y siente que tal vez los establecimien-

tos de enseñanza industrial y la educación que en ellos se administra merecen la misma atención en una bien ordenada república que el fomento de la educación universitaria, en la cual predomina el carácter literario *externo*, seco y formulista, sin realidad ni influencia en el ulterior destino de los alumnos.

El fenómeno de la decadencia del arte industrial en cuanto belleza, es europeo; sirvanos esto de triste consuelo, y al par de estímulo: si queremos, á ninguna nación tendremos que envidiar en tal sentido: bastará con que, á falta de originales desarrollos, cultivemos y conservemos como oro en paño la tradición. No hace muchos días que el Sr. Fiter é Inglés, quien á la vez que industrial es escritor de amplia cultura literaria y científica, dió en el palacio de Bellas Artes de Barcelona una conferencia sobre los encajes, su carácter artístico y proceso histórico, y terminó el discurso manifestando la aspiración de que nuestra España encuentre el Colbert que dé á las industrias nacionales vuelo y ayuda. Tan en lo justo está el Sr. Fiter, que

yo, autorizada por mi sexo á hablar de estas cuestiones con cierta suficiencia, afirmo que el dinero que gastamos en encajes legítimos las damas españolas, va casi íntegro á las arcas francesas, pues Francia nos surte, no sólo del *Valenciennes* para la ropa interior, sino del *Bruselas* y el *Venecia* para guarniciones, abanicos y vuelos. ¿Qué más, si hasta encajes bastos, como el *Craponne* y el *Torchon* (que tienen similares ó superiores en España) á Francia se piden? ¡Cuán pocas señoras conocen el hermoso y sólido y barato *guipur* negro de fabricación española, y el lindo *Almagro* blanco, con el cual adorné mis trajes del verano anterior, y que todo el mundo creía traído de Francia, hasta que yo, deseosa de contribuir, aunque fuese en tan mínima parte, á la difusión de nuestro arte industrial, desengañaba y sorprendía á los ensalzadores de aquel encaje diciéndoles su verdadera procedencia!

No es la fuerza de la comunidad de criterio la que me lleva á encomiar la obra realizada por el Sr. Alzola,—en cierto modo hija del magnífico y memorable certamen barci-

nonense del año 88.—Aparte de toda simpatía — bien disculpable por cierto — el libro del Sr. Alzola debe contarse en el número de los que importan y ejercen acción... ¡Ay!, debieran ejercerla, por lo menos.

